

breve resucitó la reina los billetes pagaderos a la vista contra la cajareal, é invalidados por la previsión de Turgot. Pagóse el primero, que importaba una suma fabulosa, derogando las disposiciones nuevamente establecidas, pero no se pagó el segundo. De aquí la ira de la reina contra el único salvador posible de su reino y de su corona. Todos sus amigos le mantenían viva pasión tan funesta: la Polignac ofendida, Choiseul substituído, Guines separado de su embajada en Londres, Lauzún resentido del menosprecio con que miraba un pensador como Turgot las calaveradas de un mundano como él; todos, en una palabra, menos su confesor y su madre, que á pesar de ejercer por ministerio de la religión y de la naturaleza influjo tan grande en el alma de la reina, jamás llegaban hasta el punto de conseguir una separación necesaria de tantos amigos como la explotaban y la perdían miserablemente. Cierta noche que tornaba de la Ópera, donde había ido á ver una de sus obras favoritas, preguntóle el rey si la habían recibido bien y si la habían aclamado con calor: «No me han aclamado, respondió; pero si me acompaña vuestro Turgot, de seguro me silban.» Su furor llegó al extremo en tres ocasiones: con motivo de la boda hecha por la princesa Clotilde, con motivo de la llegada á Versalles del príncipe Carignán, con motivo del nacimiento de una nueva hija á su cuñado el conde de Artois. Molestóle mucho que Turgot regateara las fiestas de la boda y consiguiera rebajas en las ceremonias y en los espectáculos; molestóle mucho más que se opusiera á las infinitas mercedes ideadas para satisfacer y regalar á un príncipe pobre; molestóle hasta exasperarla que no quisiesen acceder á la concesión de una servidumbre particular para la egregia recién nacida y de trescientos cincuenta mil francos anuales demandados para sus gastos. Aquel estoico á la cabeza del gobierno debía necesariamente contrariar mucho á la reina tan pródiga, que no encontraba tasa posible á sus dispendios y á sus larguezas.

Si la reina pensaba y procedía así, á pesar de los consejos de su confesor y de su madre, á quienes ocultaba sigilosamente el odio que le inspiraba Turgot, imagínese cómo pensaría el conde de Provenza, cuyos privilegios disminuían y cuyos celos del rey se aumentaban con esta política reformadora tan extraña y tan contraria á un privilegiado. No pudiendo hacer otra cosa el hermano mayor del rey contra el ministro, hacía folletos que tocaban verdaderamente en los dominios del libelo. He aquí el retrato de tan grande ministro bosquejado por tan diminuto príncipe: «Había en Francia un hombre infeliz, malaventurado, pesadísimo, nacido con más rudeza que carácter, con más tenacidad que firmeza, con más ímpetu que tacto; charlatán, así en la administración como en la virtud; nacido para desacreditar la una y disgustar de la otra; salvaje por amor propio, tímido por soberbia, tan extraño á los hombres que jamás había conocido como á la cosa pública que jamás había estudiado; y se llamaba Turgot.» Después de copiado esto, no se necesita á la verdad ningún género de encarecimiento para mostrar cómo príncipe tan cercano al trono maquinaría contra ministro tan decidido por las reformas. Y el conde de Provenza era el talentado de la familia, el filósofo humanitario, el enciclopédista por excelencia, el que tenía su corazón abierto á todos los sentimientos liberales y se picaba

de pertenecer en cuerpo y alma á su siglo. Imagínese cómo sería aquel su hermano menor, el conde de Artois, vanidoso como una cortesana, devoto como una beata, caballeresco como un gentilhomme, ligero como un pajecillo, amigo de todo lo antiguo como un arqueólogo, ignorante como un campesino, dado á excusar ante Dios sus fáciles costumbres con sus piadosas ideas, amigo de la reacción universal y cuyas tendencias políticas extrañaban por lo estrambóticas y anticuadas hasta en los mismos palacios, llamado por el destino á no aprender nada ni en la desgracia ni en el destierro y á enterrar por última vez á los Borbones franceses en los tristes incidentes de su última restauración. Así no es maravilla que hasta los conserjes y los barrenderos de palacio se atrevieran á decir á Luis XVI cosas desagradables de su gran ministro.

Pero donde la oposición se extremó fué naturalmente en la aristocracia. Nosotros apenas concebimos hoy, criados en la revolución, lo que era un noble francés de aquellos tiempos monárquicos, sus rendimientos, sus rentas, las gabelas que podían imponer, los provechos que podían sacar del conjunto monstruoso de sus privilegios. Desde luego, á pesar de que la obligación del tributo no se había extinguido completamente para ellos, la costumbre quería que en realidad no pagasen. Turgot sustentaba la igualdad ante el impuesto. La contribución de consumos, que se exigía con tanto rigor al pobre, no se exigía al noble. Sus coches se hallaban exentos de ser registrados y servían por ende como depósitos de contrabando. Turgot exigió que el derecho de visita se extendiera hasta los coches de la aristocracia. Luego tenían arrendadas las contribuciones de todas las provincias. Con este sistema estrujaban al pobre pueblo que debía pagar, y mandaban al Tesoro luego lo que bien les parecía. Además, se iban á la corte y le contaba lástimas al rey, ó se valían de algún intrigante y de alguna intriga para conseguir pensiones sobre las mismas rentas que iban á cobrar. Turgot se había propuesto abolir estos arrendamientos y acabar con estos arrendatarios. Además iban por los caminos y los pobres abrían esos caminos con sus corveas. Tenían muchos hijos y los colocaban á todos en los cargos que suponían comprar en la corte y que muchas veces conservaban coma vínculo hereditario. A esto se reunía la percepción de tributos señoriales, el derecho de pescar en los ríos, de cazar en los bosques, de hacer leña en los montes, de cocer en los hornos, de moler en los molinos, de alojar en las posadas, de vender el trigo; derechos que se convertían para ellos en oro y para los pobres en ignominia y en miseria. Turgot iba á abolir todo esto, y, por consecuencia, iba á matar los últimos residuos de las aristocracias feudales, escapados á la antigua y perseverante revolución monárquica. Ya puede imaginarse cómo se exacerbarían contra tal ministro todos aquellos que experimentaban la terrible amenaza de la reforma cuya virtud debía suprimir privilegios tan lucrativos como aquellos privilegios é igualar condiciones tan enormemente diversas como entonces eran las condiciones sociales en aquel férreo mundo de tristes y abrumadoras jerarquías.

Peor todavía que la corte era el Parlamento. Esta corporación, que había sido abolida por Luis XV y que no puede confundirse con el Parlamento inglés, hallá-

base compuesta de magistrados y ejercía además de funciones y facultades políticas, funciones y facultades judiciales. Consejero el Parlamento de la monarquía, contaba en los dos grandes partidos en que Francia se hallaba dividida los mismos implacables enemigos y las mismas crueles enemistades. Los reaccionarios recordaban que el Parlamento había abolido la Orden de los Jesuitas, mientras los liberales recordaban que el Parlamento había perseguido á las familias protestantes y atizado la intolerancia religiosa. A unos y á otros les parecía esta reaparición de las antiguas Cámaras como la vuelta de almas en pena desde el purgatorio al mundo. Pero el monarca se empeñaba en que su decisión de dividir la autoridad con el pueblo exigía evocar el antiguo Parlamento, aquel cómplice de la antigua monarquía, nuevamente restablecido y rehecho. Pero el Parlamento no tenía el espíritu moderno, y se consideraba la Francia como si no existiera la filosofía y no corriera el siglo XVIII. Turgot se opuso á semejante evocación de lo antiguo, creyendo que en vez de un Parlamento iban á tener una casta. No se equivocó ciertamente. La más implacable de todas las enemigas fué la de aquellos magistrados, la de aquellos golillas cuya tiranía resultaba la más insufrible, por lo mismo que se apoyaba en textos de viejas leyes y que no tenía sus facultades bien limitadas y concretas. Así es que atizó la discordia, dirigió peticiones innumerables al rey contra las reformas, sopló su ira sobre las pasiones, mandó recoger los libros que defendían la libertad del comercio de granos, prohibió la circulación de los folletos opuestos á los derechos feudales, dió golpes de muerte sobre Turgot y su obra hasta el punto de colocarse al frente de aquella reacción ciega, la cual, creyendo salvar la Francia antigua de uno de sus mayores peligros, atraía sobre sus cimas el rayo asolador de la revolución.

Pero si esto hacía el Parlamento, el clero no le iba en zaga, como debía suceder naturalmente, tratándose de una clase depositaria de lo que podríamos llamar la idea trascendental, la idea madre, la idea base del antiguo régimen. Desde luego miraban los clérigos en Turgot un filósofo y un economista que trataba, no solamente de facilitar el cambio en los productos, sino facilitar también el cambio en las ideas, la circulación de la savia del pensamiento por el espíritu y el suelo nacional. Como acostumbrados á la intolerancia, adheridos al fanatismo antiguo, deseos de conservar privilegios seculares y de mantener la unidad artificial, no podían querer los clérigos el libre cambio, consecuencia necesaria del libre pensamiento. Sabían además que el privilegio constituía dentro de sí una serie de privilegios, como dentro de sí constituye el derecho otra serie de derechos, y que amenazado el feudalismo nobiliario, quedaba también amenazado al mismo golpe el feudalismo teocrático. Y en verdad Turgot procedía como hombre de Estado consumadísimo, dando de mano á las reformas contra el clero por no concitarse tantas iras y no despertar tantos y tan profundos odios. Pero hizo dos cosas que le trajeron también la animadversión clerical unida á la animadversión aristocrática: primero, propuso que se restableciera el Edicto de Nantes, y segundo, que se dejara la libertad de vender carne en cuaresma. Ambas proposiciones, la una en sí grande,

la otra menor, despertaban esas cóleras que guardan siempre todos los privilegiados contra todos los progresos. Vino la ceremonia por excelencia de la monarquía, ceremonia pura de la Edad Media, la consagración del rey bajo las bóvedas de la iglesia de Reims, antiguo santuario de la tradición histórica y del derecho divino. Las columnas y las bóvedas de una catedral gótica, la presencia de la nobleza cargada con todos sus timbres y todas sus preseas, el clero vestido de sus dalmáticas y de sus capas pluviales, las nubes de incienso mezcladas con las melodías del órgano, los recuerdos desprendidos de todas aquellas ceremonias, el trono al pie del altar, los obispos y arzobispos en torno de la real persona, el rey junto á su bella esposa vestido con el pintoresco traje regio, los príncipes y las princesas de la sangre sobre cuyas preseas parecía haber caído una lluvia de diamantes, todos los teatrales y vistosísimos espectáculos tenían mucho del genio de la Edad Media y repugnaban al gran filósofo profundamente poseído del espíritu moderno y adicto á las nuevas ideas. Así, en tanto que al clero importaba mucho que la ceremonia de la consagración se verificase, á Turgot le importaba precisamente lo contrario. Luego en tiempo de renovación social se habían llevado las cosas más lejos que en los tiempos monárquicos y se habían extremado las ceremonias cortesanas con verdadero extremo. La única fórmula democrática que había en el ceremonial antiguo, la relativa al pueblo, quedó suprimida y abrogada. En cambio volvió á exigírsele á un rey que tenía en su gobierno filósofos y enciclopedistas el compromiso formal y solemne de exterminar á los herejes. Turgot se opuso á la consagración. Cuando no pudo conseguir nada, se opuso á que la fórmula de la presencia del pueblo se suprimiera, pero se suprimió. Suprimida esta fórmula, se opuso á que la fórmula contra los herejes se mantuviera y se mantuvo. Vencido en todos estos terrenos, trató de que la ceremonia se trasladase desde Reims á París, desde la ciudad gótica á la ciudad moderna. Tampoco pudo conseguirlo. En todas estas cuestiones se gastó su influencia en el clero y se atrajo innumerables enemistades. Temía, y con razón, que todo aquel aparato eclesiástico, toda aquella cohorte de obispos y arzobispos, toda aquella resurrección del genio de la Edad Media, todas aquellas fórmulas del derecho divino ejercieran letal influencia sobre el ánimo apocado del monarca y le llevaran á creerse sostenido por la antigua tradición y no por el moderno derecho. En efecto, el rey se imaginó un momento en otros siglos. Las nubes de incienso cegaron sus ojos para que no viera la tempestad de las ideas. Los acentos del órgano ensordecieron sus oídos para que no advirtiera el rumor de los grandes terremotos sociales. Cernióse el Espíritu Santo sobre su cabeza y le imbuyó la superstición de que Dios estaba en su autoridad y en su derecho. La reina misma, cuya ligereza era notoria, se sintió conmovida en presencia del grandioso espectáculo. El rey murmuró en voz baja la fórmula relativa al exterminio de los herejes, y cuando le pusieron la corona sobre las sienes, exclamó: «Me incomoda esa corona.» En efecto, incómoda carga para quien ignoraba por completo si la doraría en el espíritu moderno ó la sostendría en el antiguo espíritu. Incómoda carga para un carácter indeciso, para una inte-

ligencia incierta, para un sectario de lo pasado que por debilidad y sólo por debilidad transigía con lo presente. Incómoda carga en aquella época de tempestades, de procelosas tormentas, de angustias, de zozobras, de incertidumbres, de crisis en que dejábamos á nuestra espalda un mundo gastado, é íbamos hacia el mundo de lo porvenir en alas de la tempestad. El clero excomulgaba este espíritu, pero no conseguía detenerlo. Y como todos aquellos que no pueden contrastar un pensamiento, creía necesario apelar á la fuerza. Así, en aquella especie de concilio provincial, que se reunió en París á fin de dar al Estado lo que llamaban el tributo voluntario, decidieron los clérigos dirigirse al rey, exponiéndole la situación lastimosa de la Iglesia á causa de la impunidad en que iban quedando las herejías y de la libertad que iban teniendo los libros impíos. En vista de tamaña calamidad se dirigían al rey conjurándole para que cortase la peste de los herejes y dirigiese las ideas por el cauce que había abierto en las conciencias la mano poderosa de la Iglesia. El clero aspiraba, pues, á la antigua intolerancia y temía que el espíritu filosófico, asentado en el trono con Turgot, hiriese las antiguas prerrogativas de la teología. Mas sobre este temor religioso tenía otro todavía más terrible, el temor de que las reformas llegasen á sus bienes como habían llegado á los bienes de la aristocracia. Cuando se hablaba tanto de la igualdad ante el impuesto, no podía desconocer que pagando poco la nobleza, pagaba el clero mucho menos, con don gratuito votado en asambleas de clase y retribuido siempre en extraordinarias mercedes. Cuando tanto se hablaba de moralizar é impulsar la propiedad, el clero no podía desconocer que estaba la tercera parte de Francia en sus manos muertas. Así es que, preservado en aquel momento por la piedad del monarca y por la inteligencia de su primer ministro, todo anunciaba que se unía á la aristocracia, á la corte, al Parlamento, á los arrendatarios de las rentas públicas, á los alcabaleros, á los poseedores de oficio, á los explotadores de la riqueza pública, á todos los privilegiados, para combatir y destronar al hombre funesto que venía con el propósito firme de la reforma y con la decisión incontrastable de cumplirla y realizarla. Así Turgot aparecía como un gigante de pie en medio de la gran tempestad que agitaba el océano tormentoso del espíritu de su tiempo y que escupía por doquier cóleras, en las cuales se hubiera anegado otra alma menor que la suya y otro entendimiento que no hubiera tenido su fuerza y su pujanza.

No le quedaba en verdad más refugio que el pueblo. Pero no hay que fiar mucho en el pueblo cuando se intentan grandes reformas. Van unidas á semejante transformación perturbaciones sin cuento. La tragedia histórica se reduce á un conflicto perpetuo entre los tradicionales intereses y las ideas progresivas. Cuando una idea combate y vence á un interés, produce por necesidad hondísima crisis. Los despojados de este interés se sienten profundamente heridos y se quejan con quejas amarguísimas. Los favorecidos no conocen de pronto el favor, porque toda mejora es lenta y tarda toda reforma. Así los reformistas tienen siempre contra sí los privilegiados con los restos de poder, producto del mismo privilegio que pierden. Y no tienen á favor suyo á los favorecidos por la reforma, porque las reformas consi-

guientes á un cambio social se realizan con una medida y una lentitud desesperantes. Luego, como toda idea lleva en sí una serie de ideas, no hay reforma que no contenga otra reforma mucho más radical y mucho más progresiva. Y el pueblo se divide en pueblo adscripto á los partidos tradicionales y pueblo adscripto á los partidos progresivos. El pueblo adscripto á los partidos tradicionales sostiene á los reformadores, y el pueblo adscripto á los partidos progresivos suele sostener á los utopistas. No debe olvidar quien estudie las revoluciones la historia, esa clínica de las ciencias políticas. Y no debe olvidarse que en la historia casi todos los reformadores han caído por las exageraciones con que han extremado los utopistas las progresivas ideas. Muchas veces tales utopías se truecan por desgracia en verdaderos instrumentos de reacción y de retroceso. No hay revolución antigua que se parezca á las revoluciones modernas como la revolución de los Gracos. Proponían aquellos ilustres reformadores que se entregasen á los plebeyos las tierras del Estado, las tierras provenientes de la conquista, las tierras adscriptas al Tesoro, las tierras públicas. Y los aristócratas, para perderlos, no encontraron más remedio que concitar contra ellos las iras del pueblo. ¿Qué dicen de las tierras públicas?, gritaron con perfidia. Todas las tierras deben repartirse, pero todas entre las gentes del pueblo, lo mismo las tierras públicas que las tierras particulares, lo mismo las tierras pertenecientes al erario que las tierras pertenecientes á la aristocracia. Por consecuencia, los Gracos son unos reformadores estimados del fisco, porque en realidad son unos enemigos claros del pueblo. Y el pueblo creyó á los aristócratas. Y mató á los tribunos, sin comprender que la muerte de ellos encerraba su propio suicidio. Pues la historia se repite con triste monotonía. Las reformas de Turgot le concitaron las iras populares. Naturalmente, al caer las antiguas barreras opuestas á los cambios; al abolirse las aduanas interiores, bastiones inexpugnables del privilegio; al moverse con nuevo incremento los trigos amontonados y apolillados antes en los graneros, como sucede en todas estas crisis, en todas estas reformas, donde al pronto sólo se tocan los resultados desfavorables, se encarecieron el trigo y el pan. Y nada más fácil que mover á un pueblo hambriento contra sus propios bienhechores, contra aquellos que quieren salvarlo. Cuantos percibían pensiones sobre los arrendamientos de los tributos provinciales, daban el dinero recibido de sus propios privilegios para derribar al hombre de Estado que salvaba al pueblo, consumiéndolo en la cólera del pueblo. Es curiosa la lista de los pensionados: Madama Dubarry, la última querida de Luis XV; Madamisela Cancret, cantante de los conciertos de la reina; Madama Grambone, mujer de un banquero, que había sido llevada varias veces á las orgías del Parque de los Ciervos; la manceba del conde de Clermont; la hija natural del abate Ferray, y entre todos estos personajes inscriptos, el rey con las princesas de la real familia. No continuemos. Pero no desconozcamos cómo estas gentes amenazadas debían atizar la cólera del pueblo contra las reformas y especialmente contra aquella que menos podía comprender, contra la libertad en el comercio de los trigos. Por los mercados de París aparecían campesinos venidos de treinta leguas á la redonda, que hablaban el lenguaje de la pasión y que malde-

rían de los innovadores y de sus innovaciones. Hombres siniestros, de esos que parecen por las tempestades engendrados, especie de monstruos incomprensibles, abortos de ciertas enfermedades sociales, surgían dondequiera que el mal pasajero traído por la reforma se tocaba, y encendían los ánimos tan fáciles de encender con siniestras palabras de privilegio y monopolio. Las granjas, los graneros, los pósitos ardían quemados por furias vengativas. A fin de llevar el hambre hasta París, hundieron en los ríos las barcas, que cargaban de trigo y que proveían á su alimentación. De Pontoise á Versailles se estableció una especie de cordón de sublevados. La guerra estallaba por todas partes, y se la decía «guerra de las harinas.» Pero sus manipuladores no tenían hambre. Cantaban como si fueran de los coros de cualquier ópera; reían como si en vez de marchar á una batalla marcharan á una fiesta; llevaban los bolsillos repletos cuando se quejaban de llevar los estómagos vacíos; iban por donde les pedía el gusto, sin encontrar ningún obstáculo; llegaban hasta el seno de los reales jardines y hasta el pie de la escalera de Versailles, sin que ninguno de los ocho mil hombres adscriptos á la custodia del monarca se conmoviese; y por todas partes se veía que si la crisis engendraba un malestar cierto, la intriga le sobreponía una incierta é indefinible revolución social. Parecía, sin embargo, que en aquel motín se iban diminutamente dibujando todas las horrosas escenas de la futura tragedia, como si realmente fuese su brevísima semilla. El rey apareció al balcón y arengó al pueblo; pero las muchedumbres no le oyeron. El capitán de guardias propuso una paga. Para amparar al ministro se convino en que el pan sería tasado á dos suses la libra. En tal cesión la autoridad cedió á la fuerza. El ministro acaba de ser entregado por el rey á las furias populares, triunfando la gritería de la justicia. El rey demostró en este momento aquel carácter, ó mejor dicho, aquella falta de carácter que debía perderle y con él perder su corona. Aún no se había separado del balcón donde así había escupido á la propia majestad real, cuando, fuera de sí, asateado por los remordimientos, seguro de haber cometido una gran falta, escribe á su primer ministro: «que vuelva inmediatamente al lado de su real persona, pues teme haber cometido una falta y desea inmediatamente repararla.» Turgot consiguió del rey que revocase su palabra, pero no pudo conseguir que permitiese hacer fuego á la tropa contra los amotinados. Así, al día siguiente, los panaderos de los alrededores se vieron asaltados por una muchedumbre furiosa, y las panaderías de los barrios y aun del centro horriblemente saqueadas. A las once de la mañana sólo tenían en la gran capital pan los amotinados. El verdadero pueblo, que se mantuviera tranquilo, no encontraba una hogaza. Necesitábase, pues, de una incontrastable energía, de esa energía que supera las crisis y salva las dificultades. El austero ministro la tenía, pero no se la comunicaba al rey, porque el rey adoraba como una diosa á la casualidad y mostraba como base única de su carácter la incertidumbre. Un extranjero que residía en la corte de Versailles, el alemán Wéber, secretario adscripto á la corte de María Antonieta, explicaba la situación de esta suerte, con una frase expresiva y gráfica: «Los partidarios de los abusos se alarmaron: sublevóse al pueblo contra la ley que debía alimentarle;

se produjo la escasez en medio de la abundancia.» Indudablemente hubo de la parte del pueblo ese malestar que acompaña á las profundas alteraciones, pero también hubo de la parte de los privilegiados ese deseo de concitar las iras populares contra las reformas progresivas. Así el saqueo de las tahonas jamás se hubiera consumado sin la complicidad de la policía. Un caballero muy bien puesto, que agitaba á las muchedumbres, fué detenido y se le encontraron quinientos luises de oro en el bolsillo. Una señora á caballo y con traje de amazona también predicaba la insurrección y atizaba las cóleras populares. Un doméstico del ligero príncipe de Artois, de ese desdichadísimo hermano del rey, estaba entre los promovedores del motín. Se llevaron cartas á los acaparadores diciéndoles que no vendieran, pues más tarde venderían más caro. Se vió la mano del subdirector de la seguridad, general Lenoir. Desde el 1.º al 8 de mayo en 1775 se extendieron estas alteraciones, y dondequiera que hubo resistencia, hubo también pronta victoria del gobierno.

Así es que la tempestad, en parte naturalísima, pero en parte artificial, se desvaneció sin dejar de sí ninguna huella ni rastro ninguno. Sacrificóse, como siempre, á algunos infelices y quedaron ilesos los criminales. La guerra social de Francia por la ley de los trigos se asemeja mucho á la guerra social de Roma por la ley de los campos. Los patricios promovieron la sublevación contra los Gracos, sin presentir que sembraban aquella guerra civil en cuyos incidentes perecieron sus derechos y desapareció la República; los aristócratas promovieron aquellas alteraciones contra Turgot, sin presentir que sembraban una revolución en cuyos incidentes perecieron sus privilegios y desapareció la monarquía. Le habían mostrado al pueblo en su ceguera los príncipes mismos el camino de Versailles; le habían puesto ante los ojos el rey vencido; le habían enseñado á sublevarse contra la autoridad y contra las leyes; le habían descubierto la manera de imponer su voluntad por la fuerza y de abrogar las disposiciones de los poderes públicos por medio de las violencias; terribles enseñanzas que contra ellos se volvieron hasta precipitarlos en los abismos. El reformador no podía contrastar tanta malquerencia y se hundió al peso de su propia obra. La causa general fué la agitación que producen siempre las reformas y la causa ocasional la ceguera incurable de la reina, que precipitando por sus caprichos y voluntariedades la derrota del ministro, precipitó también la derrota de la monarquía, impenitente en sus abusos. El filósofo Malesherbes, que pasara del ministerio de Justicia al ministerio de la Casa Real, y que diera su dimisión al ver las cóleras amontonadas sobre sus ideas, que al cabo estaban contenidas en las reformas del ministro de Hacienda, fué á ver al monarca y á decirle que dejaba definitivamente su puesto. «¡Oh si yo pudiera dejar el mío!» exclamó el monarca. Y en efecto, una política como su política, una situación como su situación, unos compromisos como sus compromisos, no tenían al cabo más que una salida solamente, la fuga. Pero había nacido pegado á su corona como nacen ciertos seres sujetos á enfermedades naturales. ¡Qué rey! Desde el primer momento que vió á Turgot se prendó de su carácter y quiso seguirle en su política. Quería hacer el bien, pero, como Dios, sin

mezcla alguna de mal. No conocía que errores tan colosales como los amontonados por la sucesión de los siglos en la superficie de una vieja monarquía y de un feudalismo empiedernido, no podían curarse sino con operaciones muy atrevidas y cauterios muy profundos. Dios le había puesto en la coyuntura de substituir las revoluciones con las reformas, y su naturaleza y su educación le arrastraron tristemente á desmentir y burlar la misma Providencia, que de manera tan visible le protegía en aquellos momentos decisivos y supremos. Cuando le hablaban del estado de su pueblo, de la trístima sujeción á que le tenían atado los privilegios, del hambre y la miseria que habitaba en las cabañas, de la servidumbre impuesta por tantas gabelas y exacciones, de la esterilidad de una tierra creada por Dios mismo para ser fecunda y de la esterilidad de tantas almas en cuyo seno debía despertarse como una nueva creación espiritual y divina la conciencia y la razón, su alma infantil seguía todas estas ideas y deseaba apropiárselas como el niño la pintada y juguetona mariposa que vuela sobre las flores. Pero después, al ver los resultados de las reformas, sin adivinar sus consecuencias bienhechoras, se deshacía en lágrimas por los privilegiados y detestaba la idea salvadora que los había herido. El trigo raro, el pan caro, las muchedumbres desasosegadas, el señor feudal aterrado, la pensionista de palacio llorando, la gran dama privada de una fiesta ó de una comodidad por haberle quitado el rendimiento de tal gabela, los hijos de los nobles obligados al trabajo: todos estos espectáculos, capaces de fortalecer y consolar un alma enérgica, sumíanlo en espantosa desesperación y arrancábanle lágrimas amargas como al niño la corrección y la advertencia que han de ceder en su bien y han de darle ciencia y salud. Luego amaba mucho á su patria, pero más á su mujer; mucho á sus vasallos, pero más á sus hermanos y á sus hijos, cuando á las alturas del Estado hay que aligerarse de afecciones, como para subir á las inaccesibles alturas del aire en los globos hay que aligerarse de peso. El infeliz, movido por unos y por otros, prescindió de Turgot, y al prescindir de Turgot prescindió de la última tabla de salvación que le enviaba la Providencia. El ministro era quizá más sistemático en sus ideas de lo que convenía á un estadista, y más rígido en sus costumbres de lo que convenía á un monárquico, y más resuelto en sus decisiones de lo que convenía á un administrador, y de una severidad, de una estrechez de carácter, de un despego estoico que desdecían de su difícil situación y de las contemplaciones que necesitaba tener con tantos intereses como iba á herir, no desde esas alturas vertiginosas de la revolución que exigen la fuerza, sino desde las alturas de un gobierno legal y pacífico que imponen inevitables transacciones. Pero, aparte de esto, pocas veces ha tomado en sus manos la dirección del Estado un hombre que más haya comprendido el espíritu de su tiempo y más haya trabajado por encerrarlo y contenerlo en la viviente realidad. Las ideas flotaban en su mente de filósofo como en relieve, prontas á desprenderse de tan altas esferas en las más inferiores y más subordinadas y más impuras, que se llaman las esferas de la realidad y de los hechos. Cuando subió, pudo formular la libertad individual en toda su extensión, los derechos naturales en toda su pureza, la emancipación á un tiempo de la

propiedad y del trabajo, las libertades económicas complementarias de las libertades políticas, un nuevo mundo social henchido de un nuevo espíritu humanitario. Lo impidieron los grandes de la tierra, sin menguar en nada la grandeza del hombre extraordinario que lo intentaba. Calló la reforma y habló la revolución. Turgot, al despedirse de su monarca, presintió tristemente el tiempo que iba á venir y levantó el alma á Dios para rogarle que preservara de sus fatales consecuencias al monarca y al pueblo. Dolorido por los desengaños, aquejado por la gota, se encerró en su retiro y se consagró á la ciencia. Asombra ver los estudios que llevaba de frente, su idea absorta lo mismo ante el lejano sol que resplandece en lo infinito como ante el pobre insecto que zumba en el cáliz de una flor; lo mismo por los efluvios del magnetismo y de la electricidad que sacudían los nervios de aquella generación que por los problemas teológicos que embargaban la conciencia; pues subía de la realidad al ideal y bajaba del ideal á la realidad; y cultivaba desde las matemáticas hasta las artes, desde la química hasta la filosofía, desde el cálculo hasta la estética, con esa universalidad de ideas y de conocimientos propios en verdad de su gigantesco siglo. Cuando murió encerró consigo la esperanza de una renovación pacífica. No había muerto un hombre, había muerto un sistema, llevándose consigo la última conciliación posible entre la libertad y la monarquía.

Necker, el otro gran ministro de este tiempo, no tenía la altura de Turgot, aunque acaso tenía más práctica de los negocios y más conocimiento de las minuciosidades económicas y administrativas. Cuando Turgot se encontraba en el punto grave de sus crisis políticas y en el momento apurado de sus trances, apareció un libro de Necker que, perteneciendo á la iglesia liberal, combatía con rudo combate la senda economista. No debemos ocultar el mal y la debilidad de las escuelas en que estamos adscriptos por convicción ó por compromiso. La verdad es que dentro de la escuela liberal hay riquísima variedad de vida. En las religiones cerradas, en las ortodoxias intolerantes, en las Iglesias exclusivas la idea no tiene variedad alguna, porque la autoridad, al imponer una sola creencia, excluye las contradicciones, pero con las contradicciones también excluye el pensamiento. La escuela liberal es como esos bosques tropicales donde el exceso de calor engendra el exceso de vida, y el exceso de vida muchedumbre de seres, y la muchedumbre de seres multitud de combates y de guerras. Pero esta condición, admirable en tiempos de propaganda y de apostolado, porque si las herejías matan á las ciencias teológicas, avivan á las ciencias filosóficas, daña en tiempos de gobierno, precisamente necesitados de esa unidad de acción derivada de la unidad de pensamiento. Sobre todo, cuando la escuela liberal llega al poder en pueblos habituados á una larga servidumbre, de temperamento poco idóneo á la libertad, de inteligencia poco abierta á la reforma, de carácter poco propio al gobierno de sí mismo, dividido en clases poderosas, las cuales se levantan formidables sobre antiguas fortalezas parapetadas tras una larga tradición y sostenidas por el espíritu de los pasados siglos, la necesidad de unión entre sus sectas se impone á toda costa, si no quiere perderse en las emboscadas que por doquier le opone una monarquía pagada de su origen divino,

una Iglesia intolerante, una legión de privilegiados poderosa, y hasta la ignorancia y la superstición de las mismas muchedumbres, en cuyo pecho mueren muy tarde las antiguas creencias y corren á refugiarse como á su último asilo todos los viejos penates de la tradición y de la historia. Unión, unión de fuerzas y de ideas se necesitaba vivamente para combatir á los poderes antiguos y realizar los nuevos derechos; unión que la escuela liberal no podía realizar entre sus diversas sectas y partidos, exponiéndose á que vencidos uno á uno, desapareciera luego con todos ellos juntos la libertad. ¿Por qué Necker combatió á Turgot? ¿Por qué ahora Turgot combate á Necker? El día en que ambos caigan, sólo quedará de pie el implacable enemigo de ambos, la triste reacción representada y sostenida por la corte.

Necker era de una obscura familia ginebrina. Esta Ginebra es una ciudad que recibe de Francia sangre y le da á Francia sangre, como hace el corazón en el cuerpo humano. Los refugiados franceses con el inmortal Calvino á su cabeza recogieron las tendencias de los hugonotes con las tendencias de los evangelistas y fundaron allí, como en su santuario, un nuevo cristianismo, una nueva reforma, que desviándose un tanto del alma mística de San Francisco y del alma republicana de Savonarola y del alma tierna de Zwinglio, debía constituir fuertemente la gran religión de la democracia, destinada á educar en sus severos dogmas hasta los pueblos sajones del nuevo continente. Pues si los protestantes de Francia dieron á Ginebra su Calvino, los republicanos de Ginebra dieron á la revolución su profeta, Rousseau, y Necker, su gran hacendista. Indudablemente habíase elevado éste desde un humilde origen á una gran riqueza á fuerza de perseverancia, de honradez y de trabajo, virtudes que le inspiraban una extrema vanidad. Calvinista de religión, y calvinista convencido, su alma tenía cierta austeridad en consonancia con su fe. Pero si las creencias religiosas de su patria llegaron á su espíritu, no llegaron las creencias políticas. Necker no pertenecía á la república, pertenecía más bien á la monarquía constitucional. Un jefe del Estado hereditario, una aristocracia poderosa interpuesta entre el monarca y el pueblo, una Cámara elegida por amplio cuerpo electoral y encargada de los asuntos financieros, unos municipios autónomos en cuanto lo consintiera su capacidad política y administrativa, unas provincias muy descentralizadas, un orden muy grande en las rentas unido al viejo sistema proteccionista; todos estos cánones capitalísimos constituían el credo de su ciencia y el alma de su política. La propiedad no tenía en su sistema esa consagración absoluta que tiene en el sistema economista, ni para él se derivaba del derecho natural, sino de puras convenciones sociales y de puro derecho civil, necesitado de esta fundamental institución. Los abusos del régimen monárquico, los privilegios de las castas aristocráticas, las gabelas que llevaba consigo el absolutismo le repugnaban, no tanto por lo que tenían de atentatorias á los derechos de la humanidad como por lo que tenían de perturbadoras para la percepción de los tributos. Con una seguridad extraordinaria de sus fuerzas, la cual rayaba muchas veces en petulancia cuando no en desvarío, creíase llamado á enriquecer á su nación como había enriquecido á su casa. A la verdad, su crédito era

inmenso. Ginebra solamente le prestó cien millones, como prenda de la confianza que le inspiraba el ciudadano de su modesta república elevado á ministro de la gran monarquía. Franco hasta la temeridad, un día publicó el Informe sobre la situación de la Hacienda. Aquella terrible revelación asustó á todo el mundo y mostró cuán podrida estaba hasta en sus tuétanos la vieja monarquía. Supiéronse los despilfarros del palacio real. Contáronse con los dedos en las cabañas los millones que costaban las antiguas instituciones. Vióse que la corona era una sima donde iba á parar todo el dinero allegado en trabajos hercúleos por las encorvadas y oprimidas muchedumbres. Las pensiones de los cortesanos todavía escandalizaron más que los presupuestos de los reyes. Aquel número de rentas privadas, tomado de las públicas rentas, tenía el aspecto de un cáncer incurable. Aquellos arrendatarios de las contribuciones se parecían á los exactores y á los alcahaleros y á los publicanos antiguos. El despotismo necesitaba oro, mucho oro. La nación no podía soportarlo por más tiempo. Y cuando esta creencia se universalizaba, Necker consigue que se reúnan las asambleas de las provincias, nuncios seguros de las asambleas de la nación, los Estados Provinciales, preliminares necesarios de los Estados Generales. Desde las alturas del poder caía una palabra completamente inglesa, pero una palabra que era como la sentencia definitiva de la antigua monarquía, la palabra opinión. Cuando todos aquellos ciudadanos opresos se encontraron con las sombras del antiguo mundo en su conciencia y la marca de la antigua servidumbre en su frente, gritaron á una «Estados Generales,» volviéndose hacia la madre inmortal que se elevaba sobre todas las discordias, y todas las faltas y todas las guerras de sus hijos, hacia la nación, y la nación se elevó sobre la monarquía. Estas asambleas de las provincias llevaban virtualmente en sí la Asamblea de la nación. Y la nación tenía el sentimiento arraigadísimo de que su ministro Necker guardaba en sus remedios la salvación de su Hacienda. Reformador esencialmente, aunque no tan audaz como Turgot, encontraba los ánimos más preparados á sus reformas, y los aristócratas ó menos heridos ó mucho más resignados.

Naturalmente, en su célebre Informe, donde se revelaban todas las llagas, entre otras, que había pensiones para peluqueros de princesillas de la casa real muertas antes de tener un cabello, en su célebre Informe arreglaba las cifras, no diré con falsía, pero sí diré con arte, resultando al cabo un remanente de ingresos muy superior á los gastos. Como la honradez era una de sus virtudes y la pedantería uno de sus vicios, refirió con sinceridad todo cuanto creía y combinó las cifras de suerte, por un cálculo de los gastos inferior á la realidad y otro cálculo de los ingresos á la realidad superior, que resultaba el más engañoso de los presupuestos y también quizá el más deslumbrador. No había, sin embargo, invocado en vano la opinión pública. Le creyó todo el mundo. Le creyeron muy particularmente los grandes de la tierra, desde el duque de Orleans hasta el arzobispo de París. Lo creyó el mundo literario, no tan decidido por él como por Turgot; mas al cabo, penetrado de que Necker poseía un sentido superior de la realidad y una habilidad extrema para sortear las dificultades sin resentirse y burlar los obstáculos